

NUESTRO NACIMIENTO DE JOSE MARTI

Fernando Ayala Poveda*

Nadie sospechó hace 130 años de gloria que José Martí, el recién bienvenido a un hogar sencillo bajo las canciones calientes de La Habana (Cuba) hubiera de iluminar al mundo de muchos modos y que al final de su existencia, resucitara con el amor de su tierra, con la espada invicta del aire, con la sentencia feliz de un sabio digno de mejores tiempos: **"La muerte es una mentira cuando se ha trabajado bien en la vida"**. Pues bien: ese hombre hermoso y prodigioso nacido en 1853 nace nuevamente con nosotros en este amanecer de 1983 y nada ni nadie, ningún hombre, ninguna mujer que se acuerde, puede ignorar que él le ha otorgado un verso sencillo para enamorarse, un sueño para seguir forjando un continente, una corola para seguir fundando el huerto de la vida. Ciertamente José Martí no es un mito ni un guerrero olímpico de enciclopedia. Es antes que todo una posibilidad infinita de poesía, creación e identidad. Para quienes hemos amado y continuamos amando secretamente a José Martí no resulta fácil escribirlo. Preguntar su nombre es preguntar lo que hemos sido desde la era imaginaria de nuestra independencia americana. De ningún modo es factible interpretar con la lógica que da lugar a las guillotinas, a un espíritu que no tan solo enlazó el romanticismo con el modernismo y que hizo rugir a los hijos del sur y que paralizó de agobio a los Estados Unidos, sino que también se hizo verso, escalera del cielo, gorrión, edad de oro en un niño. No obstante

* Sociólogo, escritor y crítico literario, profesor de la Universidad Central.

yo se del canto del viento

el amor puede más que la lógica y por esta razón deseamos celebrar esta fiesta del principio del mundo ante la mesa de José Martí, sin ninguna pretensión crítica, sin intentar sepultar su clara presencia en un laberinto de sinrazones y razones. Por eso con el amor que él nos otorga y otorga a la especie humana descendemos hasta sus caminos libres.

Para nadie es difícil descubrir que José Martí cultivó la poesía desde muy joven, que vivió deportado en España (1871-1874) por causa de sus ideas políticas, que en ese mismo país obtuvo los grados de licenciado en derecho y en filosofía y letras por la universidad de Zaragoza (1874) y que luego regresó a México, donde se casó con Carmen Zayas Bazán con quien tuvo un hijo inmortalizado más tarde en las páginas de **Ismaelillo** (1882). Tampoco es un misterio seguir su peregrinación por Nueva York (1877-1880), ciudad en la cual trabajó como desterrado en la traducción, el periodismo (**La Nación** de Buenos Aires y otros diarios hispanoamericanos), y que poco a poco fue publicando sus libros **La Edad de Oro** (1889), **Versos sencillos** (1891), y un puñado de páginas antológicas llamado **Nuestra América** (1973) que representa un códice sagrado. Mucho menos es difícil investigar que José Martí fue designado cónsul en Nueva York por la Argentina y Paraguay pero que renunció a ese cargo para dejar de ser personaje y defender su persona a través de su compromiso con la independencia de Cuba. Finalmente está escrito en cada muro de las naciones libres que José Martí comenzó la lucha cuando estalló la revolución (1895) y que desembarcó con otros libertadores y que murió en el combate de Dos Ríos (1895) a los cuarenta y dos años de edad, después de haber tallado un perfil definitivo para el hombre del sur y luego de haber fundado un partido revolucionario cubano que aún sigue fortaleciéndose en su diversidad. No. Nada de este peregrinaje representa un misterio. Más bien significa un dibujo evidente para el investigador. Lo que sorprende y asombra es que

José Martí hiciera con la espada y con la pluma lo que hicieron Bolívar y Cervantes en sus momentos respectivos y en sus espacios de resurrección. Por un lado sus cartas tienen una categoría única en la lengua española porque eran cartas fundamentales sobre la grandeza humana, sobre los hombres que construyeron naciones y forjaron puentes y tendieron los caminos y labraron la tierra e hicieron rugir el desierto para levantar el maíz y la azucena. Por otro lado sus obras en verso son un canto a los dones y las gracias de su tierra, de su niña de Guatemala, de sus hombres sinceros, dolorosos y tristes, gallardos y rebeldes, siempre enterrados de pie ante sus antiguos patios donde el amor fue posible. La alquimia de su palabra deja sentir ternura, niñez, reflejos de una vida desventurada, hundida en el destierro, azotada por los viajes perpetuos y por las muertes sorpresivas. América Latina y por supuesto el mundo vive en sus versos sencillos y dobles: en cada verso cruza un ciervo, una mujer, una acequia, un pájaro madrugador como partes de un universo habitado. Nada falta. Si faltara el álamo o el azúcar José Martí no hubiera podido descubrir que el caballo veloz no lo disminuía sino que lo hacía más fornido y ágil y que el limón no se podía aguantar en la boca cuando no se tiene la dulzura del coraje. Por eso José Martí nos amó como vivía y nos vivió como amaba. De ahí su poderosa oratoria, su palabra recién planchada en los hogares modestos; de ahí sus declaraciones de independencia (Colonial y Neocolonial) que junto con las de Bolívar y con las de tantos hombres donde sus nombres se confunden por claros, forman parte de nuestro destino histórico y de nuestra posibilidad de seguir construyendo un respeto y una libertad ante nosotros mismos y ante las demás naciones del mundo. Ese es el verdadero misterio de fuerza de José Martí que nos recuerda: ese misterio de sabernos ligados a una tierra formidable, despojada, humillada, pero siempre peleada, bañada en sangre, asumida como el espacio donde América Latina tiene su final clave: su último voto de existencia. Eso lo dijo José Martí y esa palabra es armonía. Su videncia adivinó nuevos horizontes para el pueblo de la calle: para su especie. Su magia y su valor fueron creados por sus abuelos y por los abuelos de sus abuelos, por los que trazaron la piedra de Machu Pichu y por los que construyeron el primer bohío. A partir de esa voluntad histórica y estética y lúdica, nuestro guerrero nos soñó: nos creó con sus palabras y nos determinó a un espacio de resurrección. Venció la pobreza y la miseria, el destierro y el escalofrío y nos dejó la alegría. Todo pudieron robarle los caminos: menos la canción de nuestra identidad, la risa del tigre, esa voluntad que sustentan los hombres cuando fundan una aldea, construyen un puente, inventan un botón para que el traje encuentre un modo de vestirse y de dar calor. Todo eso nos legó José Martí. Por eso su existencia es misteriosa como la de Bolívar, Marx, Kafka, Cervantes, Gabriel García Márquez. Y por eso nadie puede reproducir a José Martí en el magisterio sin matarlo. A José Martí hay que soñarlo como él nos soñó. Su visión del mundo era un acto permanente de nacer. Ciertamente él ha sido exaltado y comprendido en parte. Pero ciertamente ha sido víctima de

la ironía de quien ha sido reducido a la divinidad de la enciclopedia y de las necesidades históricas de los partidos. No obstante esto no es nada grave. José Martí ha salido invicto de la prueba como tantos otros hombres múltiples. La historia así nos lo demuestra. La vida así nos los entrega y sólo nos queda el asombro pero también la naturalidad de quien cree en árboles que fuman. En 1959 José Martí se tomó gloriosamente el cartel Moncada, antes y después se había tomado las penas y los anhelos de su pueblo continental. Hoy José Martí nace con nosotros y sigue intacto, rebelde, vivo en sus versos. América Latina lo merece como él se la merece. Quien lo olvide pierde su costumbre de nacer. José Martí es una patria de sabiduría. Nada pudo destruirlo: ni los trabajos forzados ni sus limitaciones. Todos sus amores son dignos de exaltación: Máximo Gómez y Antonio Maceo, el poeta Mendive, Quevedo, Mello y Gracián, Montalvo y Hostos, Bolívar y Whitman y tantos de los tantos que el mundo ha creado con amor. Jamás este Habanero puro traicionó su ideal de libertad, jamás renunció a trabajar la palabra, la patria, la amistad, el amor como se trabaja un campo virgen. José Martí era música y por eso sigue en nosotros: entre nuestras canciones. Su curiosidad era tan sorprendente que jamás pudo evitar escribir sobre la vida de Grant, sobre el carnaval de los primeros impresionistas franceses, sobre la civilización y la barbarie y sobre tantas cosas que envolvieron a los aborígenes y a los mestizos con sus túnicas de orgullo y mutuo respeto. La historia y los críticos han situado a José Martí en distintos banquillos: ha sido ensalzado por los pobres de espíritu y ha sido saludado en los caminos por los ricos de caminos. Su medida no tiene fin. José Martí es un magisterio sin fin. Cada hombre puede llegar a él como un ladrón o como un santo, como un trabajador o como un conspirador. Lo cierto es que José Martí permanecerá en nosotros, naciendo, creciendo, mientras el pueblo de América Latina respire su propio sueño: su instancia básica de ser libre y creador, igual y hermoso a cada pueblo de este mundo. Que los versos sencillos de los cuales aquí dejamos nuestra antología enciendan una luz en nuestras patrias:

Yo soy un hombre sincero
De donde crece la palma,
Y antes de morirme quiero
Echar mis versos del alma.

Yo sé los nombres extraños
De las yerbas y las flores,
Y de mortales engaños,
Y de sublimes dolores.

Yo vengo de todas partes,
Y hacia todas partes voy:
Arte soy entre las artes,
En los montes, monte soy.

Yo he visto en la noche oscura
Llover sobre mi cabeza
Los rayos de lumbre pura
De la divina belleza.

Yo he puesto la mano osada,
De horror y júbilo yerta,
Sobre la estrella apagada
Que cayó frente a mi puerta.

Gocé una vez, de tal suerte
Que gocé cual nunca: —cuando
La sentencia de mi muerte
Leyó el alcaide llorando.

Alas nacer vi en los hombros
De las mujeres hermosas:
Y salir de los escombros,
Volando las mariposas.

Oculto en mi pecho bravo
La pena que me lo hiere:
El hijo de un pueblo esclavo
Vive por él, calla y muere.

Oigo un suspiro, a través
De las tierras y la mar,
Y no es un suspiro, —es
Que mi hijo va a despertar.

He visto vivir a un hombre
Con el puñal al costado,
Sin decir jamás el nombre
De aquella que lo ha matado.

Todo es hermoso y constante,
Todo es música y razón,
Y todo, como el diamante,
Antes que luz es carbón.

Si dicen que del joyero
Tome la joya mejor,
Tomo a un amigo sincero
Y pongo a un lado el amor.

Rápida, como un reflejo,
Dos veces vi el alma, dos:
Cuando murió el pobre viejo,
Cuando ella me dijo adiós.

Yo sé que al necio se entierra
Con gran lujo y con gran llanto.—
Y que no hay fruta en la tierra
Como la del camposanto.

Yo he visto al águila herida
Volar al azul sereno,
Y morir en su guarida
La víbora del veneno.

Temblé una vez —en la reja,
A la entrada de la viña—,
Cuando la bárbara abeja
Picó en la frente a mi niña.

Callo, y entiendo, y me quito
La pompa del rimador:
Cuelgo de un árbol marchito
Mi muceta de doctor.

Yo sé bien que cuando el mundo
Cede, lívido, al descanso,
Sobre el silencio profundo
Murmura el arroyo manso.

II

Yo sé de Egipto y Nigricia,
Y de Persia y Xenophonte;
Y prefiero la caricia
Del aire fresco del monte.

Yo sé del canto del viento
En las ramas vocingleras:
Nadie me diga que miento,
Que lo prefiero de veras.

Yo sé de las historias viejas
Del hombre y de sus rencillas;
Y prefiero las abejas
Volando en las campanillas.

Yo sé de un gamo aterrado
Que vuelve al redil, y expira,—
Y de un corazón cansado
Que muere oscuro y sin ira.

III

Odio la máscara y vicio
Del corredor de mi hotel;
Me vuelvo al manso bullicio
de mi monte de laurel.

Duelmo en mi cama de roca
Mi sueño dulce y profundo:
Roza una abeja mi boca
Y crece en mi cuerpo el mundo.

Busca el obispo de España
Pilares para su altar;
¡En mi templo, en la montaña,
El álamo es el pilar!

Con los pobres de la tierra
Quiero yo mi suerte echar:
El arroyo de la sierra
Me complace más que el mar.

Brillan las grandes molduras
Al fuego de la mañana,
Que tiñe las colgaduras
De rosa, violeta y grana.

Y la alfombra es puro helecho,
Y los muros abedul,
Y la luz viene del techo,
Del techo de cielo azul.

Denle al vano el oro tierno
Que arde y brilla en el crisol:
A mí denme el bosque eterno
Cuando rompe en él el sol.

El clarín, solo en el monte,
Canta al primer arrebol:
La gasa del horizonte
Prende, de un aliento, el sol.

El obispo, por la noche,
Sale, despacio, a cantar:
Monta, callado, en su coche,
Que es la piña de un pinar.

Yo he visto el oro hecho tierra
Barbullendo en la redoma:
Prefiero estar en la sierra
Cuando vuela una paloma.

¡Díganle al obispo ciego,
Al viejo obispo de España
Que venga, que venga luego,
A mi templo, a la montaña!

Las jacas de su carroza
Son dos pájaros azules:
Y canta el aire y retoza,
Y cantan los abedules.

IV

Yo visitaré anhelante
Los rincones donde a solas
Estuvimos yo y mi amante
Retozando con las olas.

«Ya sé dónde ha de venir
Mi niña a la comunión;
De blanco la he de vestir
Con un gran sombrero alón.»

La madre selva olorosa
Cogió con sus manos ella,
Y una madama graciosa,
Y un jazmín como una estrella.

Solos los dos estuvimos,
Solos, con la compañía
De dos pájaros que vimos
Meterse en la gruta umbría.

Después, del calor al peso,
Entramos por el camino,
Y nos dábamos un beso
En cuanto sonaba un trino.

Yo quise, diestro y galán,
Abrirle su quitasol;
Y ella me dijo: «¡Qué afán!
¡Si hoy me gusta ver el sol!»

Y ella, clavando los ojos,
En la pareja ligera,
Deshizo los lirios rojos
Que le dio la jardinera.

¡Volveré, cual quien no existe,
Al lado mudo y helado:
Clavaré la quilla triste:
Posaré el remo callado!

«Nunca más altos he visto
Estos nobles robledales:
Aquí debe estar el Cristo,
Porque están las catedrales.»